



**UNHCR
ACNUR**
La Agencia de la ONU para los Refugiados



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN



Jugando todas y todos nos conocemos.
En México damos la bienvenida a las
personas refugiadas

Concurso de cuento, dibujo y fotografía 2018.

Jugando todas y todos nos conocemos.

En México damos la bienvenida a las personas refugiadas
Concurso de cuento, dibujo y fotografía 2018



Coedición: Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF), Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred).

Editor responsable: Francisco Javier Conde González.

Cuidado de la edición: Karina Rosalía Flores Hernández.

Diseño editorial: Gladys Yvette López Rojas.

Corrección de estilo y revisión de pruebas: Karina Rosalía Flores Hernández y Karen Trejo Flores.

Distribución: Sonia Ruth Pérez Vega, Eduardo Gutiérrez Pimentel y José Zamora Alvarado.

Dibujo de portada: *Unidos como hermanos*, Dereck Haziél Montes de Oca Salinas, dibujo ganador del primer lugar en la categoría de 9 a 12 años.

Agradecemos la participación comprometida y solidaria de las y los miembros del jurado del concurso: Estefanía Landa y Jaime Sabines Córdova en la categoría de cuento; Cintia Bolio, María Romero y Jover Morillo en la categoría de dibujo, y Karla María Estrada, Moisés Fabián Moya Soto y Víctor Ortiz Hernández en la categoría de fotografía.

Primera edición, 2018

D. R. © 2018, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal
Av. Universidad 1449, col. Pueblo Axotla,
alcaldía Álvaro Obregón, 01030 Ciudad de México

www.cd hdf.org.mx

D. R. © 2018, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

Cervantes Saavedra 193, oficina 1402, col. Granada,
alcaldía Miguel Hidalgo, 11520 Ciudad de México

www.acnur.org

D. R. © 2018, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, col. Anzures,

alcaldía Miguel Hidalgo, 11590 Ciudad de México

www.conapred.org.mx

Los cuentos, dibujos y fotografías contenidos en esta publicación fueron elaborados y presentados en el marco de la edición 2018 del concurso Jugando todas y todos nos conocemos. En México damos la bienvenida a las personas refugiadas, organizado por la CDHDF, el ACNUR y el Conapred.

El contenido de los cuentos, dibujos y fotografías no refleja necesariamente las ideas de las instituciones que participan en esta coedición sino que son responsabilidad de sus autoras y autores.

Ejemplar electrónico de distribución gratuita, prohibida su venta.

Índice

5

Presentación

Mark Manly
Nashieli Ramírez Hernández
Alexandra Haas Paciuc

13

Dibujos, cuentos y fotografías ganadoras 2018

14

Puente a la paz

Millet Mendoza García

15

Un nuevo sueño, la otra realidad
César Raúl Méndez Guerra

**Vengas de donde vengas...
¡también tú juegas!**

Ximena Paola Moreno Pérez

20

¡Gracias México por dejarnos jugar!
Sofía Victoria Rodríguez Pérez

21

Entre juego y olas: mi nuevo hogar
Kensi Azucena Méndez Guerra

22

Jugando olvidemos tristezas
Oscar Ochoa Sánchez

26

El juego de las flores
Esmeralda Tirzo García

27

**Las fronteras no existen, nosotros
las inventamos**

Jose Olaco Morales

28

32	Convivimos juntos Annel García Luna López	Jugando todas y todos nos conocemos Raquel López Suárez	44
33	Los refugiados no tienen elección, tú sí Alma Jaqueline Reyes Sánchez	La vida de tres grandes amigos Juan Genaro de Jesús Hernández Macías	45
34	El niño que no hablaba Paulo Enrique Cuate Moreno		
38	La unión ante todo Victoria Elizabeth Martínez Sánchez		
39	Unidos Melissa Garrido Guraieb		
40	Tenis rojos Jennifer Gutiérrez Yáñez		
43	Como cuando teníamos más de seis David Servín González		

Mark Manly

Representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en México

Es un placer celebrar y reconocer el esfuerzo de las chicas y los chicos que han participado en el concurso de cuento, dibujo y ahora también fotografía –categoría recién incluida este año– Jugando todas y todos nos conocemos. En México damos la bienvenida a las personas refugiadas. Para el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) es un privilegio realizar una vez más este ejercicio, que en 2018 es doblemente interesante debido a que es la décima edición del concurso, y también porque se da en

Presentación

una coyuntura particular, como es la llamada caravana de personas migrantes y refugiadas. Agradecemos a las 212 niñas y niños participantes de 15 entidades federativas, entre ellos a algunas personas refugiadas; una de las cuales resultó ganadora en la categoría de dibujo. Para ACNUR es muy importante promover este tipo de ejercicios de reflexión y de solidaridad, sobre todo en momentos donde el tema está tan en boga con el paso de las caravanas por el país.

Actualmente, a nivel mundial hay más de 68 millones de personas que se han visto obligadas a salir de sus hogares debido a la violencia, a la violación de sus derechos humanos o a los conflictos armados. Muchas se encuentran dentro de sus propios países, pero más de 25 millones han sido obligadas a huir y buscar protección como refugiadas. Aquí en México también lo estamos viendo con mayor frecuencia. Las caravanas nos han permitido poner de relieve lo que ACNUR ha señalado desde hace mucho tiempo: las personas salen de sus países de origen no por elección propia, sino porque se ven obligadas a hacerlo. Huyen de la

violencia, de la persecución, de las violaciones a sus derechos humanos. Notamos también que las personas prefieren iniciar un camino hacia la incertidumbre, motivadas por la esperanza de encontrar un lugar digno y donde se sientan seguras, que permanecer en sus países donde sus vidas corren peligro. Muchas personas han encontrado ese lugar en México, que es considerado cada vez más como un país de destino.

Es importante entender cuáles son los factores que han obligado a estas personas a salir de sus países. Y nuevamente hay un elemento muy importante sobre niñas, niños y jóvenes, porque en gran medida los niños y niñas de las familias que están llegando y que vemos en México, están huyendo del reclutamiento forzado a manos de grupos delincuenciales en sus países. Es decir, situaciones donde pandillas organizadas y muy fuertes llegan a reclutar a un niño o niña por la fuerza y la única solución para esta familia es la salida de su país, ya que no encuentran protección en sus propios países.

En 2018, en México, 29600 personas solicitaron la condición de refugiado, considerando a quienes inte-

graron las caravanas. De esta totalidad, 7285 son niñas, niños y adolescentes. Para tener mejor referencia de lo que esto representa, en 2015, 3424 personas solicitaron la condición de refugiado en el país. Es decir, en sólo tres años se ha registrado un aumento de 764% en las solicitudes de la condición de refugiado.

Estas caravanas nos permitieron notar, y lo hemos venido registrando en los últimos años, que el perfil de las personas que huyen es cada vez más variado: hombres solos, familias completas, mujeres solas con niños en brazos; y niñas, niños y adolescentes no acompañados. Estas personas necesitan una respuesta pronta y apropiada.

En el pasado México ha abierto sus puertas a diferentes grupos con necesidad de protección internacional, desde los judíos askenazí en las primeras décadas del siglo xx, hasta los guatemaltecos en la década de 1980. En la actualidad, México enfrenta un nuevo reto, pues miles de personas que llegan cada año, principalmente de los países del norte de Centroamérica y de Venezuela, huyen de situaciones de violencia y persecución.

Por lo anterior, es muy importante la respuesta solidaria de la sociedad mexicana y el apoyo a estas personas que han perdido todo al buscar reestablecer sus vidas en este país. Eso nos lleva a la trascendencia del concurso, porque con éste se busca fomentar el entendimiento de este fenómeno y la solidaridad mexicana. Por eso felicitamos mucho a las ganadoras y los ganadores del certamen.

Muchas gracias a todos los niños y niñas por haber participado. Esperamos que su ejemplo sea seguido por más niñas, niños y jóvenes en otros concursos.

Muchas gracias. 

Nashieli Ramírez Hernández

Presidenta de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal

Para la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF) es muy gratificante trabajar juntamente con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en México y el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, a favor de los derechos de las personas refugiadas, particularmente en este momento histórico para nuestro país y el mundo, ante los cambios en las dinámicas de los flujos de personas migrantes y sujetas de protección internacional.

A finales de 2018 vivimos la llegada de un éxodo sin precedentes en la historia reciente de México. Un desa-

fío para el cual la Ciudad de México no estaba preparada, pero gracias a la voluntad política, a la articulación de diversos actores y a la suma de esfuerzos fue que se logró dar una respuesta a la emergencia. Se entendió y atendió una situación de crisis humanitaria, poniendo a disposición del éxodo todos los servicios que el gobierno local tiene, reforzando su actuar como ciudad hospitalaria y solidaria.

En ese esfuerzo, alrededor de 2 000 niñas, niños y adolescentes fueron atendidos en el albergue temporal instalado en el estadio “El Palillo”. De manera coordinada el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia y organizaciones como Oxfam, además de autoridades como el Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia, lograron habilitar un espacio de atención especializada para dicho grupo de población. Reconociendo las fuertes necesidades de atención y acción que requieren debido a la vulnerabilidad a la que están expuestos permanentemente, y también la resiliencia que han logrado desarrollar, derivada de las situaciones adversas que han vivido desde temprana edad.

Y es en la resiliencia que el juego, tema del Concurso de cuento, dibujo y fotografía Jugando todas y todos nos conocemos. En México damos la bienvenida a las personas refugiadas, resulta un espacio donde niñas, niños y adolescentes se conocen, expresan, empatizan, construyen y socializan.

Es por ello que iniciativas como ésta se encaminan a generar empatía con la población refugiada, a entender las riquezas de la interculturalidad y a contar, desde la propia visión de las niñas, niños y adolescentes participantes, cómo imaginan o cómo viven los procesos migratorios y de inclusión, qué piensan sobre lo que pasa o lo que debería de pasar, cómo se trata a esta población y cómo debería ser tratada, cómo son señalados y cómo les gustaría que fueran reconocidos.

No me resta más que agradecer la colaboración de cientos de niñas, niños y jóvenes que participaron con sus trabajos, en particular a las niñas y niños que con su esfuerzo creativo lograron que esta publicación fuera posible; ellas y ellos ahora son ya promotores de la inclusión de la población refugiada en México y espera-

mos, como hasta ahora, que se sigan sumando otras y otros más a las siguientes convocatorias. ¡Muchas felicidades! 

Alexandra Haas Paciuc

Presidenta del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

De entre las tareas fundamentales para combatir la discriminación, particularmente la que afecta a las personas refugiadas y a las migrantes, destaca la que se refiere a la educación, la sensibilización y el cambio cultural. Dicha tarea, como todas las que inciden en el fortalecimiento de la cultura de los derechos humanos, no es sencilla: implica desandar el camino de los prejuicios y estigmas que por muchos años ha hecho aparecer a ciertas personas como merecedoras de un trato diferenciado y portadoras de derechos que no son los que corresponden al resto de la población. Por eso

es que el trabajo que se realice en este rubro con las personas más jóvenes, con niñas y niños, resulta fundamental para la lucha contra la discriminación; sobre todo porque en este caso son ellas y ellos quienes experimentan de manera acentuada la vulneración que es resultado del desplazamiento.

Las niñas y los niños refugiados, así como aquellos que se enfrentan con el fenómeno de la migración en sus comunidades, deberían ser el foco de nuestros esfuerzos culturales y educativos para combatir los prejuicios y estigmas que aún al día de hoy enfrentan a muchas personas y colectivos con la discriminación. El concurso de cuento, dibujo y fotografía 2018. Jugando todas y todos nos conocemos. En México damos la bienvenida a las personas refugiadas, convocado por el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) junto con la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal y que da origen al presente libro, se inscribe en esa línea. Este esfuerzo colectivo tiene como propósito fundamental

sensibilizar a niñas, niños y adolescentes, así como a la población en general, sobre la discriminación que las personas refugiadas viven en México.

Quienes trabajamos desde el Conapred por la no discriminación compartimos con las niñas, los niños y las y los adolescentes cuyas obras pueden apreciarse en este libro una misma idea: que las personas refugiadas son parte esencial de México y que su incorporación a la sociedad es un paso fundamental para el desarrollo nacional. Tenemos la convicción de que incluir nos beneficia a todas y todos.

En el Conapred celebramos que este tipo de concursos nos brinde herramientas para fomentar la reflexión sobre los retos ineludibles a los que nos enfrentan los fenómenos de la migración y el refugio; y nos alegra que tantos niños y niñas hayan decidido de modo entusiasta formar parte de esta conversación. Esperamos que la próxima edición involucre aún a más personas de más entidades federativas de la república. Reconocemos el esfuerzo de cada participante, así como el esmero de quienes son autoras y autores de la presente

obra, la cual nos permite mirar este fenómeno desde nuevas perspectivas; su punto de vista es esencial para construir el México incluyente que todas y todos queremos. 

Dibujos, cuentos y fotografías ganadoras 2018



Puente a la paz

Millet Mendoza García

Dibujo ganador del segundo lugar en
la categoría de 9 a 12 años.

Un nuevo sueño, la otra realidad*

César Raúl Méndez Guerra

Una gota de sudor corre por mi sien. Mi oponente, ubicado frente a mí, me mira a los ojos con desesperación. No puedo dejar de ver el tablero; cientos de personas nos observan y me siento presionado, el juego está casi por terminar. Después de pensar bien mi movimiento coloco mi mano sobre el caballo y ya no hay vuelta atrás, acabo de poner a mi rival en jaque, no puede hacer nada, he ganado la partida. Él me da la mano y me felicita. ¡No lo puedo creer!, con tan sólo 14 años soy un campeón internacional. La

multitud comienza a aplaudir y a emocionarse. Los gritos y porras ensordecen mis oídos. Mi padre llega para abrazarme y me da golpecitos en la espalda, luego comienza a gritar mi nombre: “¡Amid, Amid!”. Pero ¿por qué parece enojado? Tira de mi hombro y es ahí cuando abro los ojos y lo miro. Él sigue gritando: “¡Amid, otra vez estás dormido!”

Vuelvo a la realidad. Me quedé dormido sobre el mostrador de la tienda y ya hay una gran fila de personas esperando ser atendidas. Mi madre está enojadísima.

Me incorporo y trato de atender a las personas lo más rápido posible, cobro las verduras y demás cosas que llevan. Recibo los pagos en efectivo, de inmediato entrego las diferencias monetarias correspondientes y en cuestión de minutos la tienda vuelve a quedar sola.

Apareció otra vez mi sueño recurrente de ser campeón de ajedrez, pero no se lo dije a mi padre porque se enojaría mucho. Según él, el ajedrez es una pérdida de tiempo y sólo debo concentrarme en tener un trabajo y en mantener a una esposa e hijos, porque

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 13 a 17 años.

así es la tradición en Latakia, Siria, que es donde vivo con mi familia. Cuando tenía cinco años, mi abuelo, de nombre Fadil, me enseñó a jugar. Era un hombre muy inteligente y sabio, de él aprendí la mayoría de las cosas que sé, me alentaba a leer y a desarrollar el gusto por las matemáticas. Me gustaba ir a visitarlo porque siempre tenía algo nuevo que mostrarme. Tristemente murió hace tres meses.

Mi hermana Malika es tres años menor que yo. Mi madre le enseña cómo realizar las tareas del hogar: cocinar, lavar, planchar y todo lo que aquí debe hacer una mujer para poder casarse. A mí me corresponde acompañar a mi papá a darle pastura al ganado y a veces vamos a las siembras a recolectar frutas y verduras para nuestra tienda, donde también me toca ayudar y lo hago con entusiasmo, porque me gustan mucho las matemáticas, sobre todo realizar operaciones aritméticas mentales. En la escuela, mis maestros y compañeros comentan que soy muy bueno, lo que me hace sentir muy halagado y todavía más porque sé que todo se lo debo a mi abuelo.

Aunque a veces me reprenden, mi familia es lo más importante para mí. Disfruto mucho la hora de la comida, porque comemos los deliciosos alimentos que con bastante cariño y esmero prepara mi madre, y además podemos rezar y hablar de cómo estuvo nuestro día. También nos reímos al escuchar las anécdotas que le sucedió a alguno de los cuatro. ¡Me agradan tanto estos momentos!

Un día que fui con mi padre a la siembra escuchamos a unos hombres hablando de una posible guerra con otro país. Cuando advirtió que estaba atento a esa conversación, puso su mano en mi cabeza, revolvió mi cabello con cariño y me dijo que no me preocupara, pero percibí cierta inquietud en su rostro, como si esto fuera algo que él ya sabía. Pasaron semanas y todo permanecía tranquilo en Latakia.

Una tarde observé que mi padre iba de un lado a otro y hablaba con personas que parecían extranjeras, cuidando no ser visto. En la madrugada del día siguiente, mientras dormía profundamente, escuché una fuerte detonación muy cerca de mi casa, seguida de balazos

y gritos en otro idioma. Mi madre subió deprisa hasta mi cuarto y el de Malika, asegurándose de que estuviéramos bien. Con los ojos húmedos por las lágrimas nos pidió que saliéramos de la casa por la parte de atrás. Ahí nos esperaba mi padre. Todos nos abrazamos muy fuerte. Pude sentir que él también estaba asustado. Nos dijo en voz baja que teníamos que irnos lo más rápido posible de nuestro país, debido a que había estallado una guerra. El miedo fue la sensación que recorrió mi cuerpo al escuchar sus palabras: los rumores de la guerra resultaron verdad.

Subimos a una camioneta que iban manejando dos hombres, los mismos que había visto hablando con él días atrás. Ellos irían hacia América en un barco de carga y acordó que nos llevaran a México. Durante todo el camino no podía evitar pensar en todo lo que dejaría: casa, amigos, escuela, recuerdos, nación... todo. Estaba enojado con el país insensible que repentinamente había invadido al nuestro. Ni siquiera conocía los motivos, pero estaba seguro de que era algo que podía resolverse de otra manera.

Llegamos al embarcadero y subimos con sigilo para evitar ser detectados por los invasores. El barco se fue distanciando mientras yo veía cómo me alejaba más y más de la tierra en la que creí que viviría para siempre.

Hacía frío y el viento soplaba con intensidad. Mi madre consolaba a Malika porque no paraba de llorar, le decía que todo iba a estar bien. Mi padre subió a la cubierta y lo seguí. El sol apenas estaba saliendo y lo único que veía a mi alrededor era el interminable mar. Mi padre miró mi cara de preocupación y me abrazó, dijo que esta era una oportunidad de comenzar una nueva vida, y yo esperaba que de verdad fuera así. Entré de nuevo y dormí profundamente.

Ya había transcurrido casi una semana desde que zarpáramos de Siria, cuando nos dieron la noticia de que ya íbamos a llegar a México. Horas después, casi al amanecer, arribamos al puerto de Manzanillo, Colima. No pudimos conocer mucho de este lugar, ya que al llegar subimos a un camión que nos llevaría a la Ciudad de México. Yo había leído algo sobre esta ciudad: que era una de las más pobladas del mundo. Estaba

emocionado y al mismo tiempo asustado, ¿cómo nos íbamos a comunicar?, ¿adónde íbamos a vivir?

La luna y las estrellas ya estaban presentes cuando llegamos a la Ciudad de México, donde íbamos a vivir. Me quedé muy sorprendido en cuanto vi la ciudad: altos edificios iluminados, autos desplazándose a toda prisa, gente caminando hacia todos lados. De repente reflexioné en torno a que ésta sería una situación difícil para nosotros, ya que no hablábamos español ni teníamos dónde buscar refugio.

Refugio..., entonces recordé. Años atrás mi abuelo me había hablado del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), una organización que ayudaba a personas como nosotros, que huyen de su país debido a los conflictos armados y que no pueden seguir viviendo ahí porque su vida peligra. Nosotros éramos refugiados.

Se lo comenté a mi padre y de inmediato se comunicó con esa organización. Su ayuda fue primordial, ya que teníamos una considerable cantidad de dinero de las ganancias de la tienda en Latakia. Nos apoyaron

para conseguir una bonita casa en la ciudad. Mi padre obtuvo un empleo en un mercado, mientras mi madre se hacía cargo de la casa. Malika entró a la primaria y yo a la secundaria. En cuanto llegamos a México comenzamos a aprender español ya que era necesario saber hablarlo si íbamos a vivir aquí. Afortunadamente, después de unas semanas ya lo entendíamos un poco.

Cierta tarde que estaba leyendo bajo el árbol de un parque cercano a la casa, dos chicos se acercaron a mí. Les reconocía de la escuela, pero ellos iban en otro grupo. Sus nombres era Sebastián y Pablo, eran hermanos y vivían a tres casas de la mía. Me invitaron a jugar con ellos a *los trompos*, les dije que no sabía qué era eso ni cómo se jugaba. Sonrieron amablemente y ofrecieron enseñarme. Resultó ser un juego muy divertido con muchas formas y combinaciones de destrezas. Al principio me pareció complicado dominarlo, pero mis nuevos amigos eran muy agradables y con mucha paciencia lograron que aprendiera.

Como agradecimiento los invité a jugar ajedrez y me dijeron que no sabían jugarlo. Saqué el tablero y las

piezas y les expliqué cómo hacerlo. Sebastián aprendió muy rápido y entre los dos enseñamos a Pablo. Pronto jugamos muchas partidas. Casi a diario ellos iban a mi casa o yo a la suya para así jugar con sus divertidos juguetes mexicanos o al ajedrez.

Mi familia todos los días estaba al pendiente de las noticias para ver cómo seguían las cosas en Siria. Nos decepcionaba ver que, después de varios meses, la situación no mejoraba nada. Yo sentía impotencia al no poder ayudar a mi país y saber que la única alternativa era haber tenido que huir sin poder hacer nada más. Aunque en México estábamos más seguros, era verdad que extrañábamos nuestro hogar, nuestros amigos, nuestra nación.

Pasaron varios años y entré a la universidad. Sebastián y Pablo se volvieron mis amigos más cercanos y cursamos la carrera de ingeniería civil.

Desde que llegué a México me inscribí en torneos de ajedrez. Hoy compito en la final de la etapa nacional representando a esta ciudad. Me siento nervioso, hay una multitud de miradas observando mi participa-

ción. Cierro los ojos. En mi mente está el recuerdo de cuando llegamos aquí hace cinco años atrás. Me siento tranquilo. Abro los ojos y ahí está mi oponente, no deja de verme. Tomo el alfil y... ¡jaque mate! He ganado. A lo lejos veo a mi familia, a Malika y a mi madre celebrando y a mi padre con una expresión de felicidad en su mirada. Vuelvo a abrir los ojos y me doy cuenta de que éste es un nuevo sueño del que no quiero despertar jamás. 



Vengas de donde vengas... ¡también tú juegas! • Ximena Paola Moreno Pérez

Fotografía ganadora del primer lugar en la categoría de 9 a 17 años.

¡Gracias México por dejarnos jugar! · Sofía Victoria Rodríguez Pérez

Dibujo ganador del tercer lugar en la categoría de 9 a 12 años.



Entre juego y olas: mi nuevo hogar*

Kensi Azucena Méndez Guerra

Qué bien se siente poder andar en bicicleta con tranquilidad en las calles limpias de la ciudad de Campeche, observando el mar a mi lado, sin temor, con el viento soplando sobre mi cuerpo y mi cabello, el sol abrasando mi piel, y sintiéndome ¡tan viva! Jamás me quiero desprender de esta hermosa sensación de libertad.

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 13 a 17 años.

Soy Sandra, tengo 20 años. Soy muy alta de estatura, de piel morena y cabello negro y rizado; mis ojos son grandes, de color café oscuro. Nací y crecí en la ciudad de Maracaibo, la capital de Zulia, en Venezuela. Ahí vivía con mi madre Sofía y mi hermano Santiago. No conozco a mi padre, mi madre dice que nos abandonó cuando yo tenía dos años; no sé dónde vive ni dónde esté, sólo sé que su nombre es o era Mateo.

Mis primeros años de vida fueron realmente felices. A pesar de que mi mamá era madre soltera teníamos una casa grande, iba a la escuela y soñaba con ser una exitosa abogada. Salía mucho a jugar básquetbol con mis amigos en las tardes, porque es un deporte que me gusta practicar. Pero todo cambió algunos años después de eso. Yo tenía 15 años y Santiago 17 cuando una fuerte crisis atacó a todo el país. Ya nada era igual.

Nuestra nación se convirtió de pronto en un lugar donde todo escaseaba: alimentos, agua, salud, seguridad, empleo, educación, libertad, tranquilidad y felicidad. El ambiente social se había tornado muy violento; se formaban horribles peleas por un poco de

alimento, era una interminable guerra con nosotros mismos por la supervivencia.

Casi a diario se podían presenciar guerrillas entre jóvenes y militares, donde unos a otros se golpeaban y se lanzaban gases lacrimógenos, disparos y bombas. Mi hermano se había involucrado en algunos de estos conflictos junto con sus amigos y yo siempre tenía el temor de que no regresara, pero él me decía que no tuviera miedo y que me escondiera hasta que la riña terminara.

Como a todos, el problema nos afectó mucho a mi familia y a mí. Ya no podíamos seguir viviendo en nuestra casa, a mi madre la habían despedido de su trabajo, ya que no había dinero para pagarle a los empleados. Sobrevivíamos de la poca comida que podíamos comprar, pero las condiciones generales de bienestar estaban empeorando cada vez más.

En cuanto los problemas se tornaron más graves, mis amigos más cercanos se fueron a Estados Unidos con sus familias. Y no eran los únicos, mucha gente se estaba yendo a refugiar a otros países.

Mi familia no soportaba más esta difícil situación, ya que si nos quedábamos ahí probablemente no estaría contándoles esta historia. Fue así que mi madre nos reunió una noche y juntos tomamos la decisión de irnos de Maracaibo. Mi tía Gaby se había casado con un mexicano y tenía más de veinte años radicando en una ciudad del sureste de México. Logramos contactarla y ella ofreció su ayuda económica para pagar los pasajes y que viniéramos de inmediato.

Con mucha tristeza partimos rumbo a la ciudad de Campeche, ubicada en la península de Yucatán. Nunca habíamos estado en México antes, por lo que sentíamos cierto temor; no sabíamos cómo nos iría estando allá. Nos sorprendimos mucho al llegar, Campeche era una ciudad muy bonita, limpia y tranquila, además de cálida igual que su gente.

Los primeros días, posteriores a nuestra llegada, estuvimos en casa de mi tía. Pero desafortunadamente su situación económica no era muy acomodada y tuvimos que buscar la forma de salir adelante sin ocasionarle molestias, ni afectar más su patrimonio.

Mi madre investigó si había algún tipo de ayuda para personas en nuestra condición. Se puso en contacto con personal del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, que es una agencia internacional responsable de dar protección a las personas refugiadas; lo que en verdad fue un alivio. Fueron muy cordiales e hicieron todo más sencillo para nosotros, no podemos estar más que agradecidos. Nos consiguieron dónde vivir en un lugar especial para quienes solicitan refugio; un empleo para mi madre y una escuela preparatoria para mí y para Santiago, él ya debía cursar su último año y de verdad teníamos mucho interés en seguir estudiando.

Creí que mi primer día en mi nueva escuela sería bastante difícil, que me discriminarían por ser una persona refugiada y por ser diferente, pero no fue así. Me presentaron ante el resto de la clase y todos fueron muy amables conmigo.

En la escuela conocí a Alejandra, una chica de mi salón. Tenía el cabello castaño, lacio y largo, y estatura muy alta, sin duda era la más alta de la clase. Usa-

ba gafas redondas, era agradable y divertida, además de muy inteligente: me ayudaba mucho con algunas cosas que no entendía, sobre todo con algunos regionalismos.

Durante el receso Alejandra y sus amigos me invitaron a jugar básquetbol. Me emocioné mucho, acepté y comenzamos a jugar. Esto era algo que ya no recordaba, correr de un lado para otro con el balón, defender la canasta, encestar y el trabajo en equipo. Todo eso la crisis me lo había arrebatado, uno no podía ponerse a jugar con todas las dificultades que había.

La profesora de deportes me observó y me dijo que era bastante buena, después me preguntó si quería estar en el equipo de la escuela. Estaba tan sorprendida que no sabía qué decir, entonces Alejandra, que era parte del equipo, me animó a decir que sí y así lo hice. Cada vez que jugábamos me sentía muy feliz.

Después de un tiempo, Alejandra y yo nos volvimos mejores amigas: hacíamos la tarea juntas, salíamos a comprar helados y entrenábamos la mayoría del tiempo. Se podría decir que jugar básquetbol me hizo más

unida a ella y a las demás chicas del equipo y logramos consolidar una fuerte amistad.

A mi mamá le iba muy bien en su trabajo, en el Centro Cultural Comunitario del municipio de Campeche, por lo que después de un tiempo fue posible rentar un bonito departamento.

Santiago logró terminar la carrera de Técnico Superior Universitario en Turismo en la Universidad Tecnológica de Campeche y ya trabajaba en un hotel del Centro Histórico de la ciudad.

Han pasado cinco años desde que mi familia buscó refugio en este hermoso país. Estoy estudiando la Licenciatura en Derecho en la Universidad Autónoma de Campeche, porque aún quiero realizar el sueño que tengo desde niña: ser abogada. Todavía sigo practicando el básquetbol y nuestro equipo asistirá a una competencia regional el mes próximo.

Durante cada atardecer, desde mi ventana, puedo observar las olas del mar y el susurro de éstas me hace reflexionar: es verdad, extraño Venezuela, o más bien extraño el recuerdo que tengo de mi país antes de los

problemas y disturbios. A veces quisiera regresar, pero aquí me siento completa, libre, tranquila, segura, y sobre todo muy feliz. 



Jugando olvidemos tristezas • Oscar Ochoa Sánchez
Fotografía ganadora del segundo lugar en la categoría de 9 a 17 años.



El juego de las flores • Esmeralda Tirzo García

Dibujo con mención honorífica en la categoría de 9 a 12 años.

Las fronteras no existen, nosotros las inventamos*

Jose Olaco Morales

Hola Alfonso:

Soy yo, Jorge Alberto. Hace tiempo que no tengo noticias de ti, espero estés bien tú y tu familia. Entiendo perfectamente que debes estar cansado por el largo viaje que has recorrido y por el rechazo y represión que has sufrido de parte de nosotros los mexicanos, en nombre de todos te pido disculpas. Aún recuerdo el extenso viaje que mi padre y yo recorrimos para llegar a

Tapachula, donde se encuentra un albergue para personas refugiadas, y entregarles un poco de comida y agua.

Al llegar al albergue donde los refugiados estaban quedé demasiado sorprendido. No podía creer que todas esas personas estaban esperando alimentos y agua para poder sobrevivir. De manera inesperada te acercaste a mí y me pediste una botella de agua. Lo primero que me pregunté fue porqué un niño, que podría tener la misma edad que yo, debía abandonar su país de origen y sufrir hambre y frío. Mi padre me vio a los ojos y en su mirada noté la tristeza que sentía. Con una voz ronca me pidió que entregara las cobijas y demás víveres que habíamos juntado. Después de entregarlos, a los lejos noté que tus amigos y tú jugaban a *las canicas* y al *avión*. Quedé muy asombrado y pensé que no importa el país de donde vengas, posiblemente todos los niños se divierten de la misma manera que aquí en México.

Me encontraba demasiado ansioso por jugar con ustedes. En la escuela era conocido como *el rey de las canicas* y era muy bueno jugando al *avión*, así que le

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 13 a 17 años.

pregunté a mi padre si podía jugar con aquellos niños que miraba a lo lejos. Mi padre me sonrió y me permitió ir. Mientras me acercaba a ustedes mi corazón latía demasiado rápido, tenía miedo de que me rechazaran, pero pronto aceptaron que me uniera al juego de las canicas. Al preguntarte tu nombre respondiste muy alegre que te llamabas Alfonso. Ese nombre también es común aquí en México. Tenemos más similitudes con las y los refugiados de lo que imaginamos, no hay razón para diferenciar entre personas mexicanas y refugiadas.

Mientras jugábamos noté que lanzabas la canica de la misma forma que yo. Me pareció extraño. Nunca había visto a ningún niño que la lanzara de igual manera, pensaba que era alguien especial. Debido a la gran intriga que me causaste, te pregunté cuál era tu comida favorita y la materia que más te gustaba en la escuela. Me miraste fijamente y de forma inesperada descubrí que teníamos muchas cosas en común. Quién imaginaría que, al igual que yo, te gustaban los huevos con jamón y también te fascinaban las matemáticas.

Esa tarde me divertí como nunca lo había hecho, pero lamentablemente y sin percatarme ya estaba oscureciendo. A lo lejos escuché la voz de mi padre llamándome, era la hora de regresar a casa. Quizá no taste la tristeza en mi rostro y me regalaste tu canica plateada, la que te daba la suerte para ganar. Yo seguía triste porque no tenía nada que darte, sin embargo, mencionaste que la botella de agua y el alimento que mi padre y yo habíamos llevado era el mejor regalo que les habíamos dado.

De camino a casa mi padre me explicó la razón por la cual tu familia se encontraba cruzando México, sinceramente no entendí mucho. No pude comprender el porqué en tu país la gente no tiene empleo, comida o por qué buscan llegar a Estados Unidos, un país donde –según mi padre– la gente extranjera no es bien recibida. Él también me habló de los peligros que enfrentan al tratar de llegar a ese país.

Seguí sin entender el porqué en este mundo no nos podemos ayudar y convivir sin que importe el lugar de origen.

A la mañana siguiente me desperté temprano para ir a la escuela. Le comenté a todas y todos mis compañeros lo que mi padre me había contado sobre las personas refugiadas, quienes buscan mejores oportunidades para poder vivir. Después, junto con mi mejor amigo Mario pegamos carteles por toda la escuela para recaudar comida, agua, medicina, y así ayudar a las personas que lo necesitan.

Mi maestra Paty me regañó por juntar víveres para las y los refugiados. Le pregunté la razón y me contestó, con un tono de voz que me causó mucho miedo, que no tenía que ayudarlos porque no eran mexicanos y que sólo venían a robar y a cometer delitos. Yo no podía creer lo que mi maestra estaba diciendo.

Esa misma tarde, durante la comida, le conté a mi papá lo que la maestra dijo. De repente, muy enojado, mi padre se levantó de la mesa y me recalco que no hiciera caso a lo que ella decía, que no era correcto discriminar a las personas por no ser mexicanas, ni por ningún otro motivo, y que yo siempre debo apoyar a quien lo necesite.

También le mencioné que junto con Mario estaba juntando víveres para que los lleváramos al albergue donde se quedan las y los refugiados. Tardamos algunos días en reunirlos debido a la apatía de mis compañeros y a la falta de apoyo de mis profesores, especialmente de la maestra Paty, que les decía que no se ayudara a las personas refugiadas.

La ignorancia y el rechazo que injustamente reciben las y los refugiados es lo que más enojo me causa, pero espero que un día entendamos que no importa de qué país se venga, todos somos hermanos y debemos ayudarnos y tratarnos con respeto, que en este mundo las fronteras no existen, nosotros las inventamos. Ningún niño o niña debe perder la alegría por tener que abandonar su casa en busca de un rayo de esperanza.

En la mañana desperté muy feliz porque volvería a verte y podríamos jugar de nuevo en el camino. Contaba los minutos para llegar al albergue. Mi padre me pedía que me tranquilizara, lamentablemente, por más que intentaba, no podía estar en calma, la emoción no me dejaba.

Al llegar, rápidamente bajé del auto y corrí a buscarte; sin embargo, a pesar de que recorrí de pies a cabeza el lugar, no te encontré. No lo podía creer, te habías ido. Las lágrimas caían de mis ojos. Con un fuerte apretón en el hombro, mi padre me dijo que no estuviera triste, que tal vez, algún día, nos volveríamos a encontrar, que tu familia tenía que seguir su camino en búsqueda de una vida mejor.

Finalmente, hoy te deseo mucha suerte y no sé si recibas esta carta, la he mandado infinidad de veces a distintos refugios. Espero que la leas y que sepas que siempre tendrás un amigo aquí, en México, donde las fronteras no existen, y que tu canica plateada la atesoraré por siempre. 



Convivimos juntos • Annel García Luna López
Fotografía ganadora del tercer lugar en la categoría de 9 a 17 años.



LOS REFUGIADOS NO TIENEN ELECCION. TÚ SÍ



Los refugiados no tienen elección, tú sí • Alma Jaqueline Reyes Sánchez

Dibujo con mención honorífica en la categoría de 9 a 12 años.

El niño que no hablaba*

Paulo Enrique Cuate Moreno

Hoy llegó un niño nuevo a la escuela. La directora lo trajo al salón y lo presentó al grupo. Cuando ella le dijo que nos saludara él se quedó mudo, no nos dirigió palabra alguna. La maestra pidió que lo entendiéramos, que tenía pena y que poco a poco se integraría a nosotros.

A él yo ya lo había visto desde hacía algunos días frente a mi casa. Vi que su familia y él llegaron al cuartito de una vivienda que se rentaba; los miré desde mi recámara. Era una familia de cuatro integrantes: papá,

mamá, una chica muy linda pero más grande que yo, y él, un niño como yo, que creí que era más pequeño pues está más chaparrito y mucho más delgado –por cierto, creo que todos se veían muy delgados, con una sombra gris en sus ojos y una sonrisa triste en sus labios. Fue entonces que mi papá me dijo que tendríamos vecinos nuevos y me emocionó saber que habría alguien más en nuestro equipo de juego en la cuadra.

Al no decir nada la maestra le pidió que tomara asiento en un lugar libre, casualmente había uno justo al lado mío y aunque fueron muchos mis intentos por hablar con él, no pude lograr que dijera nada. En la hora del recreo lo vi comiendo solo y le ofrecí que se sentara conmigo, pero entonces tampoco dijo nada.

Cuando llegué a mi casa después de la escuela, mi mamá me dijo que iría a darles la bienvenida a los nuevos vecinos y le pregunté si podía acompañarla.

Al salir de casa cruzamos la calle para llamar a la puerta. Nos abrió una pareja de esposos de piel morena y un poco altos. Mi mamá empezó dándoles la bienvenida a la colonia y me quedé sorprendido de es-

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 13 a 17 años.

cuchar la voz que tenían, hablaban raro, diferente a mí y a todas las personas que conozco, hablaban un poco chistoso. Nos invitaron a pasar y cuando entramos noté que el niño estaba en el patio solo, pedí permiso para ir a saludarlo y saber si quería jugar conmigo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, pero no recibí respuesta.

—¿Quieres jugar conmigo?

No dijo nada.

—Vamos afuera a jugar... —dije.

Me dirigí a la calle y él sólo me siguió. Al salir nos encontramos con mis cuates, algunos vamos a la misma escuela, otros a diferentes, pero todos vivimos en la misma calle. Nos reunimos por las tardes y jugamos mucho, a veces hasta que anochece. Todos le hacían preguntas: “¿eres el niño nuevo?”, “¿cómo te llamas?”, “¿cuántos años tienes?”, “¿de dónde eres?”, “¿quieres jugar con nosotros?” Pero sólo lo asustaron, se metió corriendo a su casa y ya no salió.

Esa noche, cuando estábamos cenando en nuestra casa, mi mamá nos platicó acerca de los nuevos vecinos.

No comprendí de inmediato lo que nos decía, pero nos pidió discreción sobre el tema. Nos dijo que era una familia refugiada en nuestro país, que habían tenido que salir de donde vivían, dejando atrás todo, su casa, su trabajo, a otros familiares; en fin, dejando atrás toda su vida. Dijo que habían sufrido mucho, que en su país había pobreza y hambre, que muchas personas no tenían dinero para comprar ni las cosas más básicas, y que las pocas que lo tenían no tenían acceso tan fácil para adquirirlas. El país era un caos, ya que había mucha violencia y no era seguro estar allá, que existían muchas personas inconformes por el sufrimiento que viven.

El papá de mi amigo había tenido que dejar su trabajo para proteger a su familia —con razón los vi llegar con muy pocas cosas. Y, por lo que pude ver cuando fui a su casa, es que apenas si tienen muebles, algunos muy viejos que ya estaban ahí cuando rentaron el cuarto. Ahora entiendo porqué el niño no habla mucho, tuvo que haber sufrido bastante.

Al día siguiente le pedí a mi mamá que me pusiera una torta extra para invitársela a mi vecino en el re-

creo. Igual que ayer, hoy también estuvo muy callado. En el recreo mis amigos me preguntaron si jugábamos fútbol, pero les dije que estaría un rato con el niño nuevo, el niño que no habla.

En el recreo noté que estaba sentado en una banca del patio, así que decidí acercarme para darle la torta extra que mi mamá me había dado, él la aceptó. Después le pregunté si le había gustado, él respondió que sí y yo me quedé asombrado de por fin escucharlo hablar.

Fue así como, por primera vez, comenzamos a platicar. Durante todo el recreo me di cuenta de que él observaba a algunos niños que estaban jugando a *las escondidas*, lo cual me dio una idea. En el camino de regreso a casa le pregunté si quería jugar con mis amigos y conmigo, me alegró saber que sí quería salir a la calle con los demás niños.

Le comenté a mi mamá que saldríamos a jugar todos más tarde, ella me dijo que le alegraba mucho y que tratáramos de hacerlo sentir en un ambiente agradable, y que le ofreciéramos ayuda y confianza.

Llegó la hora de salir, cuando nos reunimos en el parquecito que está en la siguiente calle, todos se sorprendieron de verme llegar con él. Lo presenté:

—Él es Juan —les dije.

Todos lo saludaron y se alegraron de que se haya animado a jugar con nosotros.

—¿A qué quieres jugar? —le preguntaron.

—Yo no sé mucho sobre los juegos que les gustan a ustedes, mejor díganme: ¿a qué les gusta jugar a los niños aquí en México? —nos contestó con su peculiar tono de voz que nos parecía gracioso.

Todos nos reímos y le dijimos que con gusto le enseñaríamos, mis amigos y yo le mostramos que en México hay muchísimos juegos que podía aprender.

Comenzamos jugando un clásico para nosotros. Es un juego que a mí me gusta y nunca me aburre jugarlo, por eso creí que sería conveniente enseñárselo primero: es el juego de *las atrapadas*. Aunque al principio no parecía entender mucho lo que decíamos, cuando decidimos mostrárselo jugando, él comenzó a tener una sonrisa en su cara y reconoció que también lo jugaba

con sus anteriores amigos. Poco a poco comenzó a jugar con nosotros y pude ver que esa cara de preocupación, miedo y tristeza se esfumaba cuando él jugaba.

Ya empezaba a anochecer, habíamos pasado casi toda la tarde divirtiéndonos con diferentes juegos como: *las escondidas*, *las atrapadas*, el yo-yo, es más, ¡hasta jugamos lotería! Pero ya era tarde y estaba oscureciendo, casi todos se habían metido a sus casas a descansar, pero él y yo nos quedamos admirando las estrellas y platicando.

Me dijo que la vida es muy distinta en su país.

—La gente no ríe mucho, supongo que porque no hay muchas razones para hacerlo, puesto que la vida es dura. Los niños de nuestra edad no juegan en la calle, se tienen que proteger de mucha violencia. El hambre y el frío a veces les roban la sonrisa.

Yo sólo escuchaba atento.

—Hace mucho tiempo que no me divertía así. Ha sido un día lleno de emoción y alegría, ¡muchas gracias! —dijo con un nuevo brillo en sus ojos— ¿Todos los días son así por acá?

—Y eso que no has visto nada amigo —le expresé.

—¿A qué te refieres con eso? —me preguntó intrigado.

—Pues aún falta que conozcas distintas cosas para hacer juntos. Ya viene el Día de muertos, ese día todos salimos a pedir nuestra *calaverita* y nos llenamos de dulces que luego nos repartimos entre todos. Y ¡espérate!, en las posadas ¡cómo nos divertimos con las piñatas y los aguinaldos!, todas las noches jugamos hasta tarde; y ¡qué te digo!, después viene la Feria de la ciudad, que se colma de muchos juegos tradicionales y mecánicos repletos de luces y colores... Verás que aquí te gustará vivir, ¡en mi México hay mucha fiesta y alegría!

Al decir eso vi una chispa de brillo en sus ojos, era un brillo de emoción y felicidad que nunca había visto, porque quién no sabe que cuando un niño es feliz jugando, no hay nada que se pueda hacer para destruir eso.

Si alguien como mi amigo —que ahora habla mucho— llega a tu vida, no dudes en conocerlo y en jugar con él. 



La unión ante todo • Victoria Elizabeth Martínez Sánchez
Fotografía con mención honorífica en la categoría de 9 a 17 años.



Unidos

Melissa Garrido Guraieb

Dibujo con mención honorífica en la categoría de 9 a 12 años.

Tenis rojos*

Jennifer Gutiérrez Yáñez

En una tan anhelada madrugada de un no tan frío invierno, me hallaba en la parte trasera izquierda del auto de mis padres, con mis tenis rojos bien amarrados, la música noventera a tope en la radio, mi cabeza recargada en la ventana, mientras veía los matices del amanecer. Lo que ocurría como todos los inviernos, como todos los años.

Cuando el motor se apagó, después de horas de trayecto, bajé corriendo rápidamente al siempre esperado encuentro con mi abuela. Ella era la única que vivía

en la ciudad, y sin falta, desde antes de que yo naciera, la familia se reunía en su casa en las vacaciones de diciembre para pasar juntos la Navidad.

La abuela era mi persona favorita en el mundo, todos los años hacíamos juntos los tamales. Mi recompensa de tan cansada tarea era siempre una taza de un buen chocolate caliente, para después ir a jugar con mi pelota azul.

Aunque mis primos eran mucho más grandes y tampoco tenía hermanos con quienes jugar, yo me divertía muchísimo con mi pelota azul. Yo era el más pequeño, ocho años y dos huecos en mi dentadura lo confirmaban.

El primer día fue increíble, hice tamales y tomé dos tazas de chocolate, después salí muy emocionado a jugar con mi pelota, hasta que por accidente ésta se ató en las ramas de un árbol, donde se ponchó. Fui por mi tío Pancho para que me ayudara, lo que no sirvió de mucho. Lloré y lloré. Ahora, ¿qué haría sin ella?

La abuela me dio una taza extra de chocolate para consolarme, al tiempo que acariciaba mi cabello.

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 13 a 17 años.

Así pasaron dos días, los peores de aquellas vacaciones. Mi pelota azul ya no estaba y hacía demasiado frío como para salir a jugar. Yo me sentía muy triste. Durante esos días sólo miraba y miraba por la ventana, pero al cuarto día todo cambió.

Ese día observaba atentamente tras la ventana, cuando pude ver unos ojos que me seguían con la mirada desde una ventana de la casa de enfrente. Quedé sorprendido, era una niña, tal vez era más grande que yo, pero eso no importaba. ¡Una niña!, ¡podía jugar con ella!

Salí muy emocionado corriendo y rápido crucé la calle para tocar a la puerta de la casa vecina. Llamé tres veces antes de que abrieran. Salió una señora y detrás de ella noté que se asomaba aquella niña. Ahora la veía más de cerca y podía distinguirla mejor.

Recuerdo que la señora me preguntó qué necesitaba. Yo estaba demasiado nervioso y no supe qué decirle. Al final me inquirió si todo estaba bien y yo asentí con la cabeza. Después me armé de valor y dirigiéndome a la niña le pregunté si quería jugar conmigo. Así fue como conocí a Victoria, quien tenía 11 años.

Al momento en el que salió temerosa de su casa, ese primer día, me pude dar cuenta de que era diferente, ella hablaba raro. Me dijo:

—No soy de México.

Yo ladeé la cabeza. Y me dije, entonces, ¿de dónde era? Mil historias de monstruos y otros mundos vinieron a mi mente. Ella rió y, cada vez siendo menos tímida, expresó:

—Soy de Venezuela.

—¿Ahí tienen reyes y dragones? —pregunté.

Ella rió y respondió:

—No hay dragones, pero sí hay un rey muy malo.

También me dijo que ese rey había provocado que ellos tuvieran que marcharse.

Le pregunté si estaba triste y dijo que sí. Yo le conté que yo también seguía triste, pues mi pelota se había ponchado.

Jugamos toda la tarde. Ella me enseñó su papalote, era grandísimo y de ¡color rojo!, ¡como mis tenis! Ese día hice una nueva amiga y hasta me olvidé de mi pelota.

Mi abuela estaba muy contenta de que tuviera una amiga, ella ya conocía a Victoria, pues una vez le había ayudado con sus compras.

Los días que siguieron fueron igual de increíbles que el primero. A diario salía corriendo de la casa, después de mi chocolate, para buscar a Victoria.

Un día antes de Navidad, cuando la acompañé a su casa, su mamá me entregó una caja muy grande, dijo que era un regalo. Abracé a la señora y a Victoria por el obsequio.

Corrí a mi casa y me senté al lado de mi abuela y juntos abrimos el regalo. Había todo lo necesario para que yo también hiciera mi papalote y... ¡una pelota azul! Yo abrí la boca impresionado y brinqué de alegría. ¡Esta pelota era más grande que la que yo tenía! Y también había dentro de la caja una tarjeta. Le pedí a mi abuela que la leyera, pues yo aún no sabía leer del todo bien. La tarjeta decía: “Esto no es nada comparado con lo que tú hiciste por mi niña, tú gran corazón pudo con todo”.

Yo estaba muy feliz. Mi abuela dijo que el nombre Victoria significa *ganar*, y que de la misma forma en

que gané una amiga, ella ganó un nuevo hogar donde no hay reyes malos.

Y, después, nosotros le compramos unos tenis rojos a Victoria.

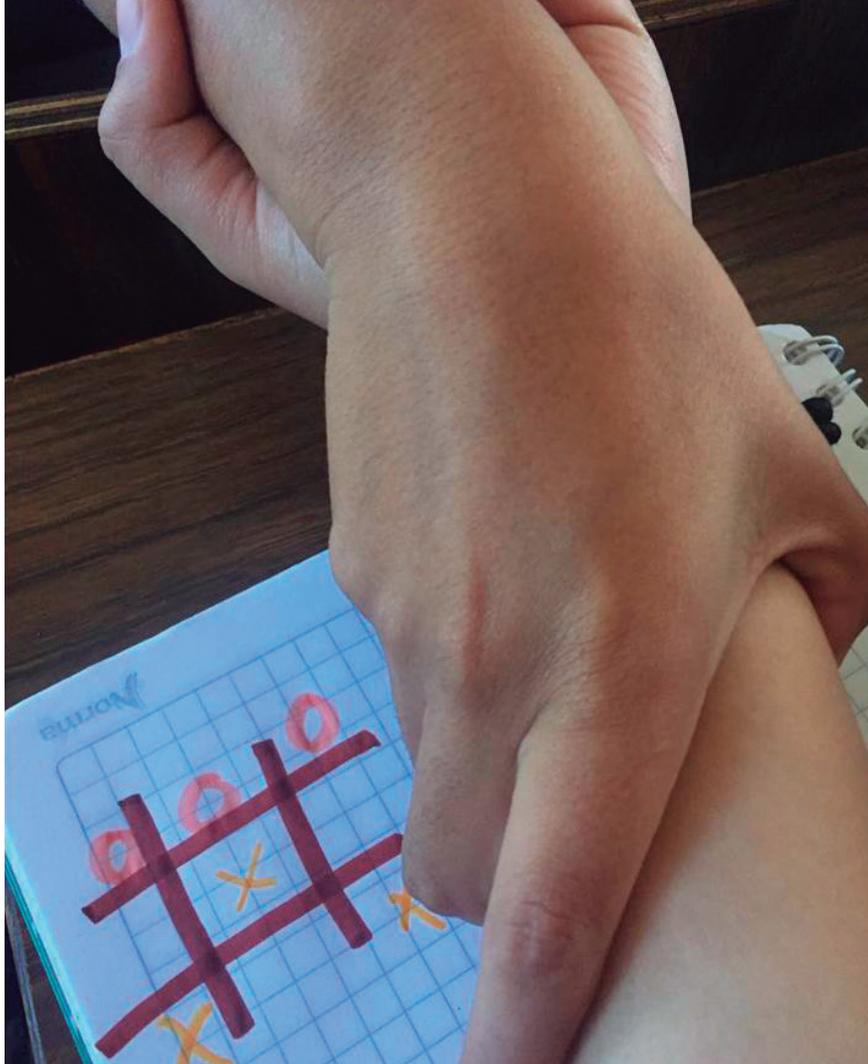
En los días siguientes, ella nos ayudó, a mi abuela y a mí, a hacer los tamales, y también recibió su taza de chocolate.

Un día me abrazó y me dijo que era su primer amigo aquí en México, pregunté el porqué y me contestó que a veces la gente no era buena con ella porque no es de aquí, nunca entendí muy bien la razón de eso.

Éramos muy buenos amigos. Nuestros tenis rojos terminaban todos los días muy sucios. Nos gustaba ver volar hasta lo más alto a nuestros papalotes.

A ella no le importaba que yo fuera pequeño ni a mí que ella viniera de otro lugar, al final era una niña que sentía y se divertía igual que yo.

Finalmente, llegó el día de la despedida, después de Año Nuevo. Fue muy triste, nunca volví a ver a Victoria, lloré más que por mi pelota. ®



Como cuando teníamos más de seis

David Servín González

Fotografía con mención honorífica
en la categoría de 9 a 17 años.



Jugando todas y todos nos conocemos • Raquel López Suárez

Fotografía con mención honorífica en la categoría de 9 a 17 años.

La vida de tres grandes amigos*

Juan Genaro de Jesús Hernández Macías

¿Cómo podríamos jugar y hacer una amistad las niñas y los niños mexicanos con niñas, niños y adolescentes refugiados que viven en México?

Había una vez, en un pueblo ubicado en el estado de Chiapas –específicamente en San Cristóbal de las Casas, una ciudad ubicada en la zona norte del estado–, una pequeña colonia donde vivía una gran familia compuesta por tres integrantes: mamá, papá y Citlalli, una grandiosa niña de 10 años que le gusta hacer muchos amigos con los que pueda jugar.

Citlalli es una niña de piel morena, chaparrita, de cabello oscuro, ojos verdes, y le falta un diente que la hace ver como una *linda estrella*, que es el significado de su nombre. Es muy sociable a la hora de hacer amigos, además de amable con las personas. Tiene un corazón puro, lleno de ternura, como aquel que todos quisiéramos tener.

Un día, ella se encontraba jugando cerca de un refugio con dos de sus grandes amigos –que fue con quienes compartió la época de preescolar y actualmente cursa la primaria–, que responden a los nombres de Pedro y Pablo. Los dos tienen 11 años, son de piel morena y ambos son altos de estatura comparados con Citlalli. Pedro es de ojos café y Pablo los tiene azules.

En el refugio donde se encontraban jugando a los *atrapados* había muchos niños y niñas que sólo se les quedaban mirando. No se sentían seguros de sí mismos porque son refugiados que antes vivían en países de Centroamérica, pero cuyos padres se habían venido a vivir a México y tiempo después, a algunos de ellos, los habían abandonado en ese sitio. Fue cuando el re-

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 13 a 17 años.

fugio los recogió de las calles con el fin de darles *una mejor calidad de vida*, si así le pudiéramos decir.

El punto es que cada día que Citlalli y sus amigos salían a jugar, como era habitual, ellos sólo se les quedaban mirando. Así ocurrió por varios meses.

Después de un tiempo, en la escuela primaria Benito Juárez –donde estudia Citlalli–, les dejaron a las y los alumnos realizar un proyecto por equipo que estuviera conformados por tres integrantes. Como ya era costumbre, Citlalli, Pedro y Pablo se juntaron para hacer su trabajo. La maestra Selene encargó a los alumnos de 4° grado ir a visitar lugares en México donde estuvieran personas refugiadas de otros países con el fin de que convivieran, les platicaran algo de sus vidas y les dijeran cómo es que habían llegado ahí. Como evidencia de su tarea debían tomarse alguna foto en el lugar y señalar quiénes eran para que no hubiera confusiones a la hora de calificar.

Llegó el día de ir al refugio al que siempre jugaban, pero ahora para convivir con las personas refugiadas, en este caso con las niñas y los niños que estaban allí, por

un periodo de dos días, con la finalidad de que tuvieran suficiente tiempo de convivencia.

En el transcurso de una hora ya cada uno había forjado una nueva amistad. Citlalli conoció a una niña que venía de Honduras y su nombre era Maya. Pedro igualmente conoció a otra niña cuyo nombre era Jennifer, quien provenía de Venezuela y, finalmente, Pablo entabló una gran relación con Jairo, un chico guatemalteco; casi todos se llevaban un año de edad, pero a pesar de ello tenían buena convivencia.

Desde el primer día que llegaron al refugio, tras haberse presentado, fueron a jugar al patio que había en la parte trasera, cada quien haciendo equipo con el compañero que habían conocido, e iniciaron jugando a *los atrapados*.

Pablo y Jairo eran los más rápidos, parecían inalcanzables para Citlalli y Maya, como de igual manera para Pedro y Jennifer. Luego de jugar un largo rato, se fueron a comer y después se dirigieron a su casa, aproximadamente a las 6:00 de la tarde, cuando ya había acabado el día.

Al segundo día que salieron de la escuela fueron hacia el refugio con el fin de aprovechar el tiempo más que el día anterior, que había sido lunes. El objetivo sería platicar con ellos para saber cómo habían llegado aquí a México y el motivo por el que habían sido abandonados por sus padres. También había que tomarse la foto para que les contara como evidencia para el proyecto de la escuela.

Las historias más desgarradoras y que les conmovieron mucho fueron las de Jairo y Maya, porque antes ambos habían sufrido por la falta de comida. Había ocasiones que llegaban a su casa y no tenían alimentos, por lo que salían a pedir limosna a las calles, hasta que una vez los padres de ambos decidieron que abandonarían el país junto con sus hijos. La causa del abandono de Maya en Chiapas fue que sus padres ya no querían tener la responsabilidad de alimentar a otra boca más. En el caso de Jairo, el motivo existía desde antes de que viniera a México; contó que en su casa nunca lo quisieron ni le prestaron la atención necesaria, por lo que decidió venir a territorio mexicano para

buscar una nueva oportunidad de vida. La historia de Jennifer se parecía más a la de Maya, pero ella no sufrió mucho y el motivo de su abandono nunca lo supo.

Fue tan grande el impacto de las historias de esas niñas y niño en Citlalli, Pedro y Pablo, que decidieron desde ese día ir a jugar con las niñas y los niños en el refugio, con la finalidad de que sintieran que siempre habría una persona que se preocupara e interesara por su integridad.

Así fueron pasando los años, hasta que los seis se hicieron grandes amigos inseparables. Cada uno se fue graduando de la primaria, después de la secundaria, hasta conseguir cada uno llegar a la universidad y ser personas de provecho, además de dejar atrás el triste pasado de su niñez, y formar una gran familia en la que se tenían unos a los otros. 

Se terminó de editar en diciembre de 2018

*Jugando todas y todos
nos conocemos. En México
damos la bienvenida a
las personas refugiadas.*

*Concurso de cuento, dibujo
y fotografía 2018.*

• Para su composición se utilizaron los tipos Caecilia LT Std y Frutiger LT Std. •

En el marco del Programa de Derechos Humanos y Medio Ambiente y comprometida con la ecología y el cuidado del planeta, la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal edita este material en versión electrónica para reducir el consumo de recursos naturales, la generación de residuos y los problemas de contaminación.

